

Teresa Soto

# Caídas

© Caídas: Teresa Soto  
© la presente edición: incorporate, 2016  
© imagen de cubierta: Nicholas F. Callaway

[incorpore@incorpore.org](mailto:incorpore@incorpore.org)  
[www.incorpore.org](http://www.incorpore.org)

Depósito legal: B.18587-2016  
ISBN: 978-84-945108-1-6  
Impresión: Indústria Gràfica Montserrat, S.L.



Teresa Soto (Oviedo, 1982) es autora de *Un poemario* (Rialp, 2008, Premio Adonáis), *Erosión en paisaje* (Vaso Roto, 2011) y *Nudos* (Arrebato Libros, 2013). Ha vivido en Estados Unidos, Italia, Egipto y Líbano. En la actualidad reside en Madrid.

## Caídas

El Dorado

a Nicholas  
y a Jon *in memoriam*

I

En el suelo lunar de granito  
extendimos los brazos y las piernas  
nos sonreímos  
un poco  
con cautela  
estábamos siendo felices  
entre tanta ruina  
y tanta pérdida  
qué miedo nos daba  
el puro contento del agua dorada  
del aire limpio, las bocas llenas de besos  
El Dorado.

A ti que lo perdiste todo  
y buscas  
y corres  
para que el gris de las cenizas  
hable con una voz que diga  
«deja de buscar, ven aquí, te quiero».

Mordeduras  
ranas minúsculas que habitaron el verano  
al final del paseo,  
un paseo al futuro:  
qué voy a ser, qué vas a ser.  
Futuro,  
como las ranas  
tantas, tantos  
tan pequeños  
se las oía moverse  
un crepitar fuerte  
al acercarnos  
como si hubiesen tirado  
un saco de gravilla.  
El asco y no,  
la alegría y no,  
el final del verano.

Nos recostamos  
sobre un silencio  
hecho de trinos  
y de un rumor  
estable  
como una carretera lejana.

Extendidos sobre ese silencio  
nos cubrió una tela  
de calor  
compacto  
que nos secaba la piel  
nos secaba el lenguaje  
y el contorno de los dedos.

Llegó la luz  
suave como el animal  
dormido  
en el jardín de abajo.

Llegaba el verano.

Mírame para saber que aún.  
Tócame para saber que sí.  
Sujétame para entender cómo.  
Deshaz la línea toda  
que me demarca.



En la bolsa transparente había trocitos,  
eran: briznas, huesos, astillas.  
Todo estaba cerca  
podíamos tocarlo con los dedos  
a través del plástico.  
Pero nada tenía cuerpo  
ni orden.  
Todo eso era  
lo que ya no era.  
No había nada más,  
él ya no estaba.  
Días atrás  
reconstruimos un país entero  
en 50 piezas.  
Secretamente, esperábamos  
formar algo con las astillas  
y los huesos.  
Formar, reformar  
volver, revolver  
resucitar.

Eras una forma nueva  
y te sujetaba  
un día en que cambiaron las cosas  
y cambió la estación  
y cambió nuestro país  
y nuestra forma de habitarlo.  
Te sujeté  
como si fueras la última rama  
del árbol  
y todo colgase de ti.  
Te oí respirar  
y fue un chasquido  
y ya no eras rama  
sino árbol  
y tierra y país,  
todo a la vez  
y respirabas.

Ella te reconoció  
en un gesto suyo.  
Dijo:  
«así, cuando  
mueves así la boca».  
Su gesto.  
No me pareció un gesto  
bello  
y sin embargo  
era suyo  
era *algo*  
que todavía estaba vivo.  
Algo animalesco  
y paternal  
un morro, un hocico.  
En un gesto  
hacia delante  
acercarse a una madriguera  
husmear un olor conocido  
volver.

Recostar la cabeza a una altura justa,  
¿cuántos centímetros tenía la pieza de madera  
que sujetaba las cabezas en Egipto?  
Contemplar desde ahí lo borroso.  
Dejar que todo el peso venza,  
que las agresiones caigan. Acallar todo.

El cuerpo, hacer huecos dentro del hueco del cuerpo.  
Acolchar las líneas y los ángulos.  
Encajarnos, formar parte el uno del otro.

Sentaste tu peso frente a la casa.  
Tu peso:  
el de tu cuerpo  
más  
el de lo que guardabas  
más  
el de lo que guardaba  
un niño de nueve años  
que fuiste tú.  
Te sentaste  
con todo aquello encima.  
Creí que el suelo iba a reventar.  
Se acabó  
ahora todo va a reventar.  
Pero no lo hizo.  
Te sentaste y te levantaste  
y eso fue todo.